

Educadores en las fronteras: entre la utopía y la realidad

Educators on the borders: between utopia and reality

Ángeles Doñate Sastre¹

Received: 27.10.2023

Accepted: 28.11.2023

Vol. 1, 2024, p. 128-160

ISBN: 978-65-00-97652-6

Sumario: 1. Introducción; 2. La frontera geo-política; 3. La frontera del dolor; 4. La frontera entre ser libres y no; 5. La frontera entre el no pasado y el futuro; 6. La frontera entre existir y desaparecer; 7. Referencias bibliográficas.

Resumen: Cada día, son muchos los hombres y mujeres que se levantan con la determinación de educar en territorios de frontera. Allí donde hay niños, jóvenes y adultos que, en condiciones adversas, sueñan con aprender, crecer y conseguir un futuro mejor. Esas fronteras no son solo geo-políticas. Este artículo da voz a educadores y educadoras que trabajan en hospitales, centros penitenciarios, centros de acogida de menores, comunidades indígenas o ciudades divididas por un muro. Comparten su visión de qué es la educación y cómo esta es esencial en esos espacios entre dolor y no, libertad y prisión, pasado y futuro... ¿Cómo es su día a día? ¿Qué habilidades debe poseer un educador en esos espacios? ¿Qué hace diferentes a sus alumnos respecto a los que asisten a una escuela en la mayoría de nuestros barrios? ¿Cómo afectan la frontera, los muros o las limitaciones a alumnos y educadores? Estela Solís, directora de los Estudios de Comunicación (Facultad de Ciencias Humanas, Mexicali, México); Ana Belén Cintas, responsable de Casa Abierta y del ámbito Tiempo Libre y Familia de COANIQUEM (corporación de Ayuda al Niño

¹ Ángeles Doñate Sastre (Barcelona, 1971) es periodista y escritora. Especializada en educación, ha publicado artículos y libros sobre el tema, ha ejercido como responsable de Comunicación en universidades, redes de escuelas y entidades sociales. Ha publicado "El último vagón", una novela sobre el poder transformador de la educación y los maestros en espacios vulnerables, que ha sido adaptada al cine por Netflix Latinoamérica.

Quemado, Santiago de Chile, Chile); Irene Monferrer, educadora voluntaria y acompañante en los centros penitenciarios Brians 2 y la prisión de Mujeres (Barcelona, España); Toni Vila, educador en CAHOVA (Casa Hogar para Varones, Mexicali, México) y Benito Huerta, educador, escolapio y miembro del pueblo ngiwa (Puebla, México) comparten su vivencia y reconocen que la presencia y el acompañamiento, el respeto y el deseo de transformación son claves en su tarea. La vocación y pasión recorre su vida: todos parecen hacer suya la idea de Freire de que el educador es quien educa y es educado a través del diálogo.

Palabras clave: derecho a la educación; territorios de frontera; acompañar; transformar; justicia

Abstract: Every day, there are many men and women who rise with the determination to educate in border territories. Where there are children, youth, and adults who, in adverse conditions, dream of learning, growing, and achieving a better future. These borders are not only geopolitical. This article gives voice to educators who work in hospitals, prisons, youth shelters, indigenous communities, or cities divided by a wall. They share their vision of what education is and how it is essential in those spaces between pain and no, freedom and imprisonment, past and future... What is their day-to-day like? What skills must an educator possess in those spaces? What makes their students different from those attending a school in most of our neighborhoods? How do borders, walls, or limitations affect students and educators? Estela Solis, Director of Communication Studies (Faculty of Humanities, Mexicali, Mexico); Ana Belén Cintas, Head of Casa Abierta and the Leisure Time and Family area of COANIQUEM (Corporation for Assistance to Burned Children, Santiago de Chile, Chile); Irene Monferrer, volunteer educator and companion in the Brians 2 correctional facilities and the Women's Prison (Barcelona, Spain); Toni Vila, educator at CAHOVA (Home for Boys, Mexicali, Mexico), and Benito Huerta, educator, Escalopian, and member of the Ngiwa people (Puebla, Mexico) share their experiences and acknowledge that presence and support, respect, and the desire for transformation are key in their task. Vocational calling and passion permeate their lives: they all seem to embrace Freire's idea that the educator educates and is educated through dialogue.

Keywords: education right; border territories; accompany; transform; justice.

1. Introducción

En 1278, hace exactamente 745 años, se fijó la que todos reconocen como la primera frontera geopolítica del mundo: son 120 kilómetros que separan Francia de Andorra, en Europa. Desde entonces, no han parado de dibujarse como los límites geográficos imaginarios entre dos territorios. Hoy, a vista de pájaro, nuestro mundo podría parecer una red de muros, líneas, vallas, cadenas... que marcan los límites entre uno y otro país. No hay dos iguales porque cada una ha sido moldeada por la historia y las gentes que la habitan. Decenas de fronteras dividen nuestro mundo, algunas tan pequeñas como la que separa Marruecos de España en un islote: 85 metros. Y es que la humanidad, desde hace siglos, necesita establecerlas: fueron los romanos, hace más de dos mil años, los que empezaron a utilizar el término *frontis*, del que deriva nuestra palabra 'frontera'.

Fronteras que separan países... pero no solo. Lo que no sería tan fácil ver desde el cielo -lo que no se recoge en archivos ni libros o mapas- son otras fronteras que no tienen que ver con la geografía o la política. Igualmente separan personas, las limitan y las diferencian. Condenan a unas y privilegian a otras, rompen comunidades y empuñan sueños, obligan a vivir en márgenes y orillas sin horizonte.

¿Sin esperanza?

No: allá donde un ser humano levanta una muralla, otro busca una grieta o provoca un agujero. Ahí, en esas hendiduras que unos abren o en esos arcos a que otros condenan, también crece la vida. Es cierto que brota con esfuerzo pero también con valentía e imaginación, alentada por unos cuantos que pagan muchas veces un alto precio.

En esas tierras de frontera, las que quedan entre Norte y Sur, entre ricos y pobres, entre libres y presos, entre la mayoría y la minoría, entre enfermos y sanos... en esas tierras donde hay un niño, un joven o un adulto tratando de hacer su camino... también hace falta compartir experiencias, conocimientos, emociones y tiempo. Hay quien busca ser acompañado, comprendido, animado, enseñado y querido. Hay quien busca hacerlo y encuentra así sentido a su vocación -y, en muchos casos, a su propia existencia-.

¿Y qué es educar sino todo eso? ¿Y qué es un educador o una educadora sino aquel que, por y a pesar de, decide compartir lo que sabe, tiene y es, con otro para que logre su plenitud como persona?

Son muchos hombres y mujeres que, día a día, se levantan con esa aspiración y determinación: educar en las fronteras. **En esos espacios muchos derechos están en peligro: también el de educación. Y ahí, aún más si cabe, es donde más sentido tiene.**

Este artículo recoge algunos testimonios de educadores y educadoras -podrían ser infinitos y en territorios bien dispares- para visibilizar y reconocer esta labor, hacernos conscientes de su importancia y defenderla. Y haciéndolo, defender el derecho a la educación de tantos que quieren superar un pasado de exclusión y dominación, vivir su presente con dignidad y construir un mejor futuro para ellos y sus comunidades.

2. La frontera geo-política

Si existe una frontera geográfica y política en el imaginario occidental es, sin duda, *la que separa Estados Unidos de México* –o, en realidad, la que lo separa de todo Latinoamérica-. Es “La Frontera”: 3.152 kilómetros que van desde la desembocadura del Río Bravo en el Golfo de México hasta la costa de Tijuana. Una línea imaginaria que, a lo largo de guerras, conquistas e intercambios económicos, se ha ido trazando y destrazando.

Esta frontera, a pesar de los *900 kilómetros de muro* y miles de hombres armados que la protegen, es para millones de personas el último obstáculo a vencer antes de llegar al paraíso. *El asalto es incesante*. Al año, es la que recoge mayor número de cruces legales en todo el mundo. Pero también la que tiene el mayor número de cruces ilegales (se registraron casi 12.000.000 en el año 2007), que solo en 2022 comportaron 853 personas muertas. *Es territorio de paso*.

El cine, los medios de comunicación y las redes sociales han acercado hasta nuestros hogares algunas caras de esa realidad, ampliándola y exagerándola: el tráfico de personas, los coyotes, los feminicidios, la venta de órganos, los narcos, la venta de droga, las reinas de la belleza recauchutadas, las maras, los chicolotes... Nos han recreado un ‘territorio comanche’ fuera de la ley, un ‘universo dantesco’ de violencia y muerte, un ‘desierto’ inhóspito para la vida cotidiana tal como la entendemos o ‘una autopista’ hacia la locura entre los límites del bien y del mal.

En realidad, *ese territorio es hogar de millones de personas:* gente que va a trabajar, que convive en familia, que disfruta de series de televisión o hace

deporte, va a mercado, visita al médico, estudia, se casa, sale a tomarse un café con sus amigos o a celebrar los cumpleaños, ahorra para comprarse un coche o una casa, se corta el cabello, se pelea con sus vecinos... cualquier cosa que nosotros también hagamos.

Si acercamos la lupa a esa línea marcada en el mapa separando Norte y Sur, se distinguen pequeños ejidos, ranchos, poblaciones y ciudades en las que la vida cotidiana discurre por sus cauces. Uno de estos puntos es *Mexicali, la capital administrativa del Estado de la Baja California (México), crecida en pleno desierto*, con poco más de un siglo de historia y un millón ciento setenta y ocho mil habitantes. De ellos, 414.026 son niños o jóvenes entre 0 y 24 años. Por tanto, casi la mitad de la población debería o podría estar matriculada en alguna institución educativa obligatoria o superior. Hay censados cerca de 60.000 docentes de todos los niveles que, en ese territorio con personalidad propia, acompañan a niños y jóvenes en su camino de aprendizaje (**).

De esos casi medio millón, cerca de ciento treinta mil jóvenes están en edad universitaria (de 18 a 24 años) y **68,621 están matriculados en la Universidad Autónoma de la Baja California** –en las diferentes sedes territoriales, niveles y programas, durante el año 2022-. De ellos, **25.412 siguen sus estudios en la sede de Mexicali**.

*“La Universidad Autónoma de Baja California (UABC) es una universidad pública de frontera y nuestra ciudad, Mexicali, es una ciudad de frontera. Esa es una realidad con la que hemos aprendido a convivir constantemente, se vuelve parte de nuestro escenario. Tenemos una barda metálica, a la que los gringos le llaman muro y nosotros simplemente la línea, que es un hito más del paisaje urbano. Si me preguntan si eso marca a nuestros alumnos me quedo pensando un momento: es un elemento más de la realidad multifactorial que ellos viven, pero no es su mayor preocupación ni su mayor foco de atención. En ocasiones, hay cosas más apremiantes como conseguir trabajo, sobrevivir al clima extremoso –particularmente al calor, que puede llegar a 52 grados-. Siento que no los marca tanto como tal vez sería de esperarse, porque **aquellas realidades que tenemos siempre tan cerca, tan presentes, terminan por volverse invisibles**: y eso es un problema”* explica *Estela Solis*, directora de los Estudios de Comunicación de dicha universidad (Facultad de Ciencias Humanas).

Solis, licenciada en Ciencias de la Comunicación y Doctora en Ciencias Humanas, añade que “algo similar ocurre con la manera de enseñar. Hablo por mí, que soy docente en ciencias de la comunicación. Nuestra universidad

hace esfuerzos por trabajar en temas de internacionalización, de ofrecer la enseñanza del idioma inglés y de exigirlo como requisito de titulación pero es algo que a los estudiantes no siempre les atrae. Se hace un esfuerzo por recordarles que la lengua inglesa puede ser una herramienta importante para su futuro profesional, pero siempre encontramos resistencias. Se ofrecen materias disciplinares en inglés pero la matrícula aún es poca en esas asignaturas. Pero más allá de la lengua, ***creo que es importante que integremos el tema de la frontera y sus problemáticas en nuestro diálogo dentro del aula.*** Yo hago el esfuerzo por ayudarlos a vincular la realidad que ven en las calles: las personas sin hogar que venden cosas en un semáforo, los que limpian el parabrisas o que vemos dormidos en los camellones a las horas de mayor calor, tratando de soportar el clima; hacerlos ver que son el resultado de una multiplicidad de factores que tienen raíces históricas, que tienen que ver con la falta de oportunidades en sus lugares de origen, que se mezclan con las violencias vividas en sus territorios y luego revividas en su trayecto hasta la frontera. ***Los invito a que se den cuenta que somos una ciudad la última escala antes de alcanzar su meta y que, en ocasiones llegan aquí ya muy desgastados, desilusionados, golpeados por políticas, prejuicios sociales, violencias de autoridades y del crimen organizado. Y tratamos de sensibilizarnos en el aula, para sensibilizar a otros,*** para que ellos compartan esa mirada con sus familias, con sus amigos; pero por sus reacciones me doy cuenta de que son temas que no se tocan frecuentemente. ***Sería muy bueno que integráramos en nuestra currícula, de manera más puntual e intencionada, la multidimensionalidad de lo fronterizo y de las problemáticas sociales y oportunidades que esto puede traer para todos los involucrados.***”

Se haga o no patente la realidad de frontera en el aula o en la currícula, el día a día, la calle, su futuro se la hace muy presente a los jóvenes. Hoy son estudiantes que viven en la línea pero algún día serán profesionales, trabajadores ... ¿en esa línea? O, presos de la fiebre del salto, ¿se irán a ejercer al otro lado? ***Hay algunos estudiantes que sueñan con irse a trabajar al otro lado, o a una ciudad más grande, siempre hay jóvenes con espíritu de aventura y sueños altos. Pero en general Mexicali es una ciudad que sí ofrece oportunidades de trabajo.*** La industria maquiladora sobre todo, de la que tenemos cerca de 500 plantas en la ciudad, está en constante necesidad de profesionales de nuestra área, para trabajar en el área organizacional, pero también en la producción de medios para consumo interno de las maquilas, y para manejo de redes

o producción de contenidos para sus clientes. El problema es que muchos egresados no se sienten atraídos por el trabajo en maquiladoras porque lo sienten monótono, pero estamos trabajando en ello” explica esta experta en Comunicación y educadora.

Para los que vivimos lejos de esa realidad de maquila, comercio o tránsito, se nos hace difícil imaginar que los alumnos de Solis –la Facultad de Ciencias Humanas acoge los estudios de Comunicación, pero también Historia, Educación y Psicología- tengan un espacio en esa frontera como profesionales. Ella lo tiene claro: “definitivamente *sí, somos necesarios los profesionales de las Ciencias Humanas en estos territorios, sobre todo considerando las grandes problemáticas de la zona y el dinamismo social y económico*. El reto es abrir los espacios, ya que en ocasiones los dueños de las empresas o las personas en posiciones de poder político, no son conscientes o tienen una visión muy limitada de todo lo que un profesional de la comunicación o de las ciencias humanas puede hacer. Es una labor en la que estamos trabajando para abrir nuevos espacios, difundir las competencias de nuestros estudiantes, y motivar a los jóvenes a explorar nuevos campos laborales.”

La Frontera aparece, de nuevo, como espacio de oportunidades, tierra de pioneros y emprendedores, personas que se reinventan para contribuir a una sociedad en permanente construcción. “*Me gustaría que nuestros egresados fueran hombres y mujeres valientes, confiados en sus habilidades, sensibles a las necesidades del entorno, con hambre de construir un mundo más justo y de poner sus habilidades al servicio de esos ideales*. En general, personas que pongan las necesidades de la sociedad antes que las ambiciones propias. *Me gustaría mucho saberlos orgullosos de ser cimarrones, de ser cachanillas, y de ser mexicanos y latinoamericanos. Que sepan de los valores de las grandes personas, hombres y mujeres que nos antecedieron, y que se sientan con la responsabilidad de entregar un Mexicali mejor a la generación que viene*. Comunicólogos éticos, honestos, empáticos y con una profunda responsabilidad social” comenta Solis, vinculada desde siempre a proyectos comunitarios y sociales en su entorno pero también en otros países como Perú.

Sin embargo, el sueño de esta comunicóloga choca contra una realidad poco alentadora: según datos de la Secretaría de Educación Pública de México (SEP), solo el 24% de los jóvenes mayores de 18 años del país cursan estudios superiores y solo 8 de cada 100 de los alumnos que comienzan sus estudios, logran terminarlos: entre las principales causas de abandono, más de un 37%

manifiesta poco interés por el estudio –entre otros motivos, por el alto índice de desempleo o la baja remuneración– y un 35% aduce situación económica. (*) En la UABC, egresaron 4.549 alumnos y, como reconoce Solís, **“sabemos que existe un número importante de estudiantes que abandonan sus estudios, lo cual se ha visto agravado a partir de la pandemia. Las causas para esto son muchas, desde la necesidad de incorporarse al mercado laboral por necesidades familiares, las oportunidades de trabajo que los llevan a desatender sus estudios, y en algunos casos la falta de motivación para concluir.** Esto a pesar de que las matrículas de nivel licenciatura son bajas por ser una universidad pública, y que existen muchos apoyos como becas prórroga, becas alimenticias, entrega de equipos de cómputo a alumnos de escasos recursos, etc.”

La frontera en que viven no es solo geográfica sino también ética o de responsabilidad, sobre todo en el caso de los comunicadores. En el 2022, México fue el país en que más periodistas murieron ejerciendo su profesión – solo avanzado por Ucrania, país en guerra-. **“Los alumnos están muy al tanto de los peligros que entraña dedicarse al periodismo,** dialogamos al respecto sobre todo en materias como comunicación política, complejidad o periodismo. Ese es el motivo por el que no hay muchos que tengan planes de dedicarse al periodismo como profesión, o por lo menos no al periodismo político, o de temas relacionados con el narco. **Creo que el tema de las fronteras éticas son los más apremiantes y a los que más tenemos que enfocarnos nosotros como docentes. A dejarles muy clara la enorme responsabilidad que entraña ser un profesional de la comunicación. El compromiso que tenemos con la realidad, con la honestidad, la responsabilidad de brindar contexto a las diferentes situaciones que suceden en nuestro entorno para que las audiencias puedan tomar decisiones más informadas. Y sobre todo, un compromiso con la justicia,** particularmente en temas que afectan a los distintos grupos vulnerables, sean migrantes o no, ya que estamos en una zona donde confluyen muchas vulnerabilidades: la violencia contra las mujeres, la discriminación por género, por color de piel, la pobreza local y la de aquellos que van de paso, o que devuelven de Estados Unidos por no tener un papel. La vulnerabilidad de los campesinos que cada vez les cuesta más trabajo y dinero cultivar su tierra, o la de los indígenas Cucapa que ahora no se les permite pescar, cuando esa ha sido su actividad ancestral de subsistencia. Alegan las autoridades que hay que proteger especies marinas en peligro de extinción, pero no entienden que ellos como grupo

étnico también son un grupo en peligro de extinción, con menos de diez hablantes fluidos de su lengua.”

Porque como reconoce esta comunicadora, “todos estos temas y muchos más que se me escapan en este momento son los que se articulan en este *espacio de frontera, una especie de crisol de personas de muy distintos lugares, de lenguas distintas, de culturas variadas, y un enorme cúmulo de intereses y de esperanzas que se entretajan y contraponen*, para formar el carácter particular de esta tierra cachanilla.”

3. La frontera del dolor

Se nubla la vista. Se cambia de postura. Se sienten náuseas o punzadas. Se llora o gime. Se tiembla. No se duerme. No se tiene hambre. No se quiere hablar. No se tiene ganas de hacer nada. ¡Y cuántas cosas más!

Todos, en algún momento de nuestra vida, nos hemos sentido así: nos ha dolido el cuerpo pero también el ‘corazón’, en un sentido figurado, la vida misma. Dolor y sufrimiento se tocan, se mezclan... “*El dolor tiene que ver con la percepción física de una situación desagradable que conlleva una serie de reacciones y el sufrimiento, la construcción simbólica alrededor de esta experiencia.* Una y otra se coimplican e interpelan” explica el filósofo Miquel Seguró. (*)

El dolor es universal y, a la vez, personal, intrínsecamente humano. Cada experiencia es única, propia, especial. Nietzsche denunciaba los intentos del hombre de “removerlo de su existencia o vivir como si nunca hubiese existido”. (*) “Todas las experiencias y sociedades humanas tienen un problema con el dolor: forma parte de una realidad desagradable de la vida, entendido como imposición y freno (...) Me pregunto hasta qué punto la solución está en la mitigación absoluta de esta realidad, que me parece imposible (...) pero *me parece importante no conformarse solo con la aceptación del dolor. Hay que aceptarlo en primer lugar para intentar revertirlo en segundo lugar. De algún modo, vivir y convivir es saber sobrellevar el dolor*” comparte Seguró.

Aunque pueda parecer extraño, existen tipologías y grados de dolor. Se hace difícil y macabra elegir cuál es peor pero sin duda, el sufrido por los menores, nos toca profundamente. Estudiosos como Gabriel Zárata, doctor en Psicoanálisis, afirma que “los accidentes graves por quemaduras, además de constituir un atentado a la integridad física y corporal de los sujetos que los sufren, representan una experiencia de gran potencialidad traumática debido

al alto grado de dolor, a la destrucción de tejidos, órganos o miembros, así como a las alteraciones de la imagen corporal, de la sensibilidad de la piel y de la experiencia emocional general que conllevan. Cuando las quemaduras graves son sufridas en edad temprana, la adecuada constitución psíquica de la persona puede verse afectada” (**)

Ana Belén Cintas sabe bien que es vivir y convivir con ese dolor. Su día a día transcurre desde hace ocho años en COANIQUEM (Corporación de Ayuda al Niño Quemado), una institución privada sin fines de lucro que busca rehabilitar integralmente al niño y adolescente con quemaduras y otras cicatrices. Fue fundada en 1979 en Santiago de Chile (Chile) por el doctor Rojas Zegers y hoy cuenta con más de 600 personas al servicio de estos menores en diferentes ámbitos, desde el clínico al educativo. Como muchas veces la hospitalización de los pacientes es larga, se les ofrece residencia, acompañamiento, espacios lúdicos y, por supuesto, educación.

Ana Belén, catalana de origen, es jefa de Casa Abierta, la residencia, y del ámbito Tiempo Libre y Familia del proyecto. Comparte horas y horas con estas personas que, a pesar de su corta edad, viven en la frontera entre el dolor y el no dolor.

Para ella, de formación educadora social (Universidad Autónoma de Barcelona), educar *“es saber estar para el otro. La escucha activa y el ser casa para el otro (Caseidad) (***)*, *para desde ahí, entender cómo llegar a quien se tiene al frente y poder entregar un poco de lo que sé.* En el contexto en el que trabajo tenemos muchas realidades culturales distintas e historias de vida muy dolorosas y, por ende, necesidades distintas. El espacio que ocupamos es un espacio que se define como “espacio educativo padres-hijos” ya que los niños, niñas y adolescentes siempre vienen acompañados de un adulto responsable que los cuida. Todos somos educadores y a la vez aprendices.”

Es consciente que, aunque comparte con otros educadores la esencia de su misión, hay algunas diferencias: *“el papel que cumplimos es el de estar para el otro. Si bien tenemos horarios y funciones, no falta la conversación en medio del pasillo después de una visita médica, el saludo de buenos días, la despedida en la tarde hasta el otro día. Como comentaba antes, es el arte del saber estar para el otro, para que cuando el otro necesite de mí, sepa y pueda encontrarme/ encontrarnos”* más allá del horario que establece un currículum, un centro educativo o un hospital cualquiera, podríamos añadir. Para el niño o el joven es imprescindible su trabajo pero también su presencia.

“Creo que lo que aportamos, o intentamos aportar es lo que han referido más de una vez los usuarios, que sienten que *somos su familia* y su segundo hogar en el tiempo que están con nosotros. Eso es muy importante para enfrentar las adversidades de la mejor manera. Tener las necesidades básicas cubiertas y además sensación de red de apoyo, de tribu, que también se da de manera natural entre los mismos usuarios, adultos y niños” añade.

Hoy, Ana Belén habla con aplomo tras días que suman años de experiencia al pie del cañón, pero reconoce que *“cuando empecé a trabajar en esta realidad fue muy duro, porque a todos nos afecta lo nuevo y el dolor en los niños no deja indiferente a nadie. Pero alguien muy sabio me dijo que mirara a los ojos porque son la ventana del alma y ahí todos somos iguales*. Me olvidé de las cicatrices y la lástima, para centrarme en la alegría de seguir vivos y poder siempre tener esperanza de un mañana mejor”. Asegura que, como profesional, *“siempre me siento en deuda, porque los tiempos van cambiando y hay que ir adaptándose, a la tecnología, a las modas, a los juegos nuevos*. Pero la clave siempre está en quien una tiene al frente. Con un par de minutos de conversación se puede saber qué motiva al niño, niña o adolescente, o a su adulto responsable, y de esa manera ofrecerles un mejor servicio. Con los adolescentes, a los que muchos temen por lo complejos y herméticos que se vuelven en esa época, la clave es hablarles como personas grandes y la conversación, porque están deseosos de ser escuchados por los adultos, y afortunadamente no somos sus padres, así que tenemos mucho ganado para que confíen en nosotros y así poder acompañarlos mejor en el tiempo que están en reposo o rehabilitación.”

Paulo Freire afirmaba que “el educador ya no es solo el que educa sino aquel que, en tanto que educa, es educado a través del diálogo con el educando”. Esta educadora asegura que lo que la mantiene trabajando en Chile, lejos de su Cataluña natal, y en la corporación COANIQUEM es *“la posibilidad de seguir día a día aprendiendo con las familias con las que trabajamos*. Es adictivo poder escuchar historias de vida que ayudan a ubicarse en las prioridades de la vida. Siempre cuento que hace unos años me robaron los documentos en la calle y quedé varios días molesta por lo engorroso de hacer los trámites. Llegó a atenderse una niña de 9 años que llevaba 3 meses en el hospital. Llegó con su abuela materna. En el incendio había fallecido su mamá y su papá, se estaba recuperando aun en el hospital. Fue como un remezón donde me dije: “deja de quejarte por tonterías sin importancia”. *Este lugar ayuda a quitarse los zapatos y tomar conciencia de dónde una va pisando y caminando. Conciencia*

del dolor ajeno. Acompañamiento y acogida. Puedo decir que he aprendido de resiliencia, de fortaleza, de optimismo, de unión, y también de debilidad, de miedos, de angustias y dolor. Y todo en constante cambio, ya que las familias van y vienen, y las que pensábamos que sobrellevaban la situación de muy buena forma, vuelven con un hijo adolescente que culpa a los padres de lo que le pasó en la infancia por primera vez, después de muchos años, y las madres se quiebran, y la culpa golpea. Aprendemos de todo y todos, a diario, porque no hay dos historias iguales. “

Si mira hacia el futuro, “como decía antes, ***vivimos en constante cambio y eso nos obliga a buscar nuevas estrategias para acompañar de la mejor manera a las familias.*** La mayoría de los niños, niñas y jóvenes que atendemos pasan mucho tiempo ante pantallas y eso dificulta un poco el vínculo en una primera instancia, pero cuando vamos a jugar a la habitación, porque están en reposo, siempre se hacen un tiempo para ver qué llevamos entretenido para ellos. Hay preparación previa y generalmente nos resulta.”

Los territorios de frontera pueden convertirse en guetos: solo los que viven inmersos en esa realidad o solo los que los tratan a diario, como Ana Belén, saben qué pasa entre esos límites. ¿Cómo hablar con un joven quemado sobre sus aficiones o sus sueños? ¿Cómo jugar con una niña que se muere del dolor encerrada en la habitación? ¿Cómo recordarles a ellos, y al resto, que no dejan de ser eso, un joven y una niña? ¿Cómo educar a la sociedad para que no lo olvide, no los olvide? ¿Para que los reconozca y los acoja?

Cualquier educador o educadora en tierra de frontera se plantea esos mismos retos.

“Venimos trabajando hace un tiempo en conseguir una inclusión con matiz distinto. Apostamos a que los niños de la comunidad vengan y conozcan la realidad de los niños con quemaduras y así, cuando se encuentren un compañero en el colegio con alguna cicatriz no lo señalarán porque no será nuevo para ellos. También desde el Colegio Hospitalario hay un ***programa de seguimiento y acompañamiento de los estudiantes que vuelven a sus colegios de origen, y donde nos anticipamos al hostigamiento por desconocimiento, educando a la comunidad educativa del colegio*** de lo que significan las prendas compresivas, las órtesis o las cicatrices en sí. ***Socialmente tenemos mucho que trabajar aún con respecto a inclusión y a normalizar las diferencias sin que nos llamen la atención como para señalarlas y juzgarlas, sean cuales sean esas diferencias.*** En el caso de los niños, niñas y adolescentes con quemaduras, son cicatrices que se pueden aminorar

pero que los acompañarán toda la vida y el espejo se los recuerda a diario, no es necesario que, además, cualquiera con el que se relacionen día a día, les haga notar que tienen cicatrices.”

Las recetas para lograr ese conocimiento, respeto e inclusión son muchas pero todas basadas en los mismos ingredientes: *“creo que si solo nos miráramos a los ojos o nos sintiéramos más unos a otros en vez de juzgarnos, el mundo sería un lugar mejor.”*

4. La frontera entre ser libres y no

Si alguien se enfrenta a juicios y prejuicios y trata de combatirlos es Irene Monferrer. *“A mí, si antes de saber lo que ahora sé, me hubieran dicho si quería entrar en prisión para un voluntariado, lo primero que hubiera hecho habría sido agarrar bien agarrado mi bolso”* se ríe esta educadora y acompañante voluntaria en prisiones de Barcelona (España) desde hace más de diez años y añade que *“he descubierto que allí dentro hay personas que han hecho cosas muy malas pero la mayoría son personas que vienen de situaciones de pobreza, de marginación horrible, y un día hicieron un disparate. Pienso que tal vez yo en esa situación también lo hubiera hecho, podría haberlo hecho.* Pero soy una privilegiada que prácticamente no ha tenido la oportunidad de hacer disparates. No he tenido necesidad de robar, nadie me ha ofrecido drogas, todos me han felicitado al sacar buenas notas... En cambio, estas personas que he conocido en prisión vienen de situación de maltrato, de pobreza extrema. Hay pocas salidas ahí. Por ejemplo, a algunas chicas latinoamericanas cuando les ofrecen “ve, lleva esta droga al aeropuerto de Barcelona que te darán no sé cuántos euros” saben que así solucionarían la vida de su familia durante años. Puesta en esa situación, quizás yo también habría hecho lo mismo que las chicas que acompañé en prisión, habría traído la droga”.

Monferrer es licenciada en Biología por la Universidad Autónoma de Barcelona y en Pedagogía por la Universidad de Barcelona. Durante más de 39 años ejerció como profesora de Biología en diferentes institutos de secundaria de Cataluña aunque actualmente está jubilada. Se define como profesora de vocación y profesión. Un buen día, traspasó las rejas de La Modelo, una prisión fundada en el año 1904 y cerrada en el 2017, que contaba con 820 celdas. Hoy es un centro social y cultural en medio de la ciudad de Barcelona.

“Hace 10 años fui a Justicia i Pau, una ONG, porque quería ir a prisiones como voluntaria y quería ir a enseñar. Empecé yendo a La Modelo, un centro

penitenciario de hombres, y después fui a la prisión de mujeres” recuerda. Hoy es voluntaria en Brians 2, inaugurado en el 2007 y con capacidad para más de 2000 reclusos. Pertenece a la Fundación Santa Luisa de Marillac.

“La prisión siempre me llamó la atención. Ciertamente que tenía una visión completamente distorsionada por las películas o por alguna novela que había leído. Recuerdo que aquel año tenía un Tercer Curso de Secundaria horrible: niños impertinentes, que no estudiaban, que no atendían... Pensé: “habrá alguien aquí, en Barcelona, que quiera una profesora que les enseñe algo”. Surgió la posibilidad de ir a La modelo y descubrí un mundo que no me podía ni imaginar. A lo largo de mi vida he hecho muchos voluntariados y éste es el más gratificante de todos” asegura con brillo en la mirada.

En el año 2022, la población reclusa de España ascendía a 46.468 internos. Más allá de los profesionales en activo, voluntarias y voluntarios como Irene, trabajan con ellos para que esos años de vida entre paredes sean más llevaderos. E incluso, aunque parezca contradictorio, provechoso. “En las cárceles, doy clases y hago acompañamiento a personas que no reciben visitas. También soy apoyo a la salida, sin duda, el momento más complicado para un interno. Dentro lo tiene todo pautado, controlado... pero fuera, sobre todo si es inmigrante, es más difícil porque no tiene recursos, ni familia, ni documentación, nada ni nadie”. A pesar de que enseñar le gusta, “no es por lo que enseñe que sigo yendo todas las semanas, después de todo este tiempo. Sigo por lo que apporto como persona, no como Irene Monferrer, sino como persona voluntaria. Siempre me preguntan: “¿usted se voluntaria?”, “sí” les digo, “¿y usted no cobra?” “no”, “¿usted vendrá aquí cada semana?” *Todos los voluntarios aportamos esta apertura de una parte de la sociedad que no juzga, que no pregunta “¿qué has hecho y por qué estás aquí?”. Tenemos una persona delante que quiere aprender y punto.* Pido hacer alfabetización, enseñar a leer y escribir a una persona que antes no ha tenido oportunidad de hacerlo o si la ha tenido no la ha aprovechado. Algunos aprenden bastante, otros algo menos. Algunos aprenden poco por la estructura mental que tienen, afectada por los problemas o situaciones que han vivido... Pero *pienso que ese rato que están allí se olvidan de que están en prisión porque hay unos maestros fantásticos y unos voluntarios colaborando con ellos, que están dispuestos a tenderles una mano.* Además, les aporta la visión de que *no toda la sociedad está contra ellos porque un día hicieron un disparate, no toda la sociedad les pone impedimentos para que vuelvan a reinsertarse.* Agradecen mucho nuestra colaboración. He estado 39

años en el instituto y nunca un adolescente me ha dado las gracias por dar la clase. Aquí nadie se va sin darte las gracias, decirte hasta la semana que viene... Así que, para mí, más allá de lo que puedan aprender, soy un medio para dar testimonio”.

Hace diez años, movida por la curiosidad y el deseo de educar a quien pudiera necesitarlo y agradecerlo, se acercó a los muros de la prisión. Los traspasó. Pero, ¿qué ha encontrado dentro que sigue incluso una vez jubilada? No lo duda: ***“mucha humanidad. Gente muy profunda que no son malos, que un día hicieron un disparate. La línea entre hacer el bien y el mal no es tan amplia como pensamos, es muy fina.*** Conocí chicos que saliendo de la discoteca hicieron un disparate. Eran majísimos y les cayeron siete o ocho años de prisión”. Irene defiende las medidas penales alternativas porque creo que son una experiencia mucho más formativa para determinadas personas.”

Para ella, en la cárcel, ***“educar es acompañar. Estar al lado de, ver cuál es su necesidad. y saber prescindir del objetivo que te habías propuesto.*** En la prisión de mujeres, estudian el Graduado Escolar online. Claro, las matemáticas y encima por ordenador... Una vez, una chica tenía juicio al día siguiente. No tenía la cabeza para hacer matemáticas. Pasamos el rato hablando sobre lo que pasaba. Me adapté. ***Es intentar enseñar lo que se pueda pero dar prioridad a sus angustias, necesidades y también alegrías, que las hay.*** En un instituto con jóvenes también se puede hacer pero estás más marcada con tu programación. ***El acompañar, el valorar el pequeño progreso que hagan, es muy bien recibido e incorporado a su día a día. Es fundamental”.***

A diferencia de lo que sucede en una escuela primaria, en un instituto y en una universidad en la mayoría de casos, aquí los alumnos pueden tener mucha más vida que sus educadores, en años o en experiencias. Irene sabe que ***“hay que respetar esta mochila que llevan, no siempre de cosas buenas. Fruto de esta relación que se establece, te la comparten.*** En Brians 2 hay unos hermanos de unos 45 años, que son de aquí y que no saben ni leer ni escribir. Cuesta imaginarlo. “¿No fuisteis a la escuela?” les pregunto. “No, porque mi padre nos decía que si no íbamos no pasaba nada o que si necesitábamos un libro lo comprara la maestra” Hay que respetar ese pasado pero hay que ir introduciendo cambios en su mirada y en su forma de actuar”. De hecho, insiste, “el objetivo de la materia que explicas es secundario: ***hay que ir trabajando hábitos, valores, educación que no han recibido y les falta desde que eran niños.*** Ellos no han tenido la madre que te dice “repite lo que has de hacer porque es

bueno para ti” o la abuela que te dice “así no”. Lógicamente, no son niños y hay que hacerlo con mano izquierda. Estamos a un mismo nivel: *ellos reconocen y aceptan que soy la profesora o la ayudante del maestro pero también se establece una relación diferente de la que establecen los alumnos de secundaria*. El hecho de ser voluntarias, en mi caso, hace que se dirijan a mí de una manera diferente que al psicólogo o al abogado: nos hablan, escuchamos, a veces damos una opinión y ayudamos a vaciar esta mochila tan pesada”.

Sin embargo, si algo define a los alumnos de Irene, más allá de la edad que tengan, los conocimientos que les faltan o las mochilas que cargan, es que todos ‘viven’ entre rejas. *Fueron libres y esperan serlo algún día pero en ese momento carecen de libertad, están entre muros y lo están por años. Por eso, educadores y voluntarios, intentan “hacer más llevadero este trayecto*. Si tengo una persona a mi lado, que me está dando su tiempo y a quien le puedo explicar mis cosas, siento que mi autoestima sube un poco. Suelen tenerla muy abajo. Se dicen “esta persona me está dedicando una sonrisa, un ‘no faltes’... para ella valgo”. Nuestra presencia y nuestra actitud les hace más visibles ante los otros.” *Aun así, asegura que a ella esta falta de libertad no le hace trabajar de otra manera: “simplemente, lo contemplo, lo tengo en cuenta, sobre todo vigilando lo que digo*. Les animo: “tienes que estar aquí un tiempo, organízate, aprovéchalo, apúntate a actividades, ve al gimnasio... hay gente que si no está en la celda, está dando vueltas en un patio y creo que eso es malo para el cerebro. Cada día es igual que el anterior. Pero si vas al taller y ganas un poco de dinero, si vas a estudiar, todo eso lo hace diferente”.

“¿Has pensado que la cárcel es el único lugar donde no gustan las vacaciones ni los fines de semana? No hay actividades” pregunta esta educadora veterana. Y es que “es importante cómo se sienten. Algunos se van el fin de semana fuera y vuelven del permiso, han pasado fuera 24 o 48 horas. Vuelven a prisión y dejan todo fuera, amigos, familia, la calle... es fuerte. Dicen “hasta dentro de no sé cuánto no me dan otro permiso”. El mismo fin de semana, algunos, se enfrentan al trance de no salir y que no venga a verles nadie” explica. Una vez, eso la impactó tanto que, un fin de semana, fue a visitar a una mujer que le había explicado que lo que no soportaba del fin de semana era oír como llamaban a sus compañeras a comunicarse y a ella no la llamaban: “yo fui y la llamaron por los altavoces. ¡Estaba contentísima! Dentro hay personas a las que la familia ha dicho basta o personas migrantes que no tienen a nadie en esa ciudad. Se añade un dolor muy grande en este caso, de fracaso: ¿cómo

le digo a mi madre que estoy en la cárcel? Ella pensaba que iba a volver con un oficio, dinero... *O, ¡qué dolor! saber que saldrás en tres años y no conoces a nadie ni conoces la ciudad, que nadie te espera porque igual fuiste del aeropuerto a la cárcel*”, suspira esta educadora que también enseña voluntariamente en la entidad intercultural Diàlegs de Dones a mujeres migrantes.

Eso también la ha empujado a ser voluntaria de apoyo en la salida para conseguir que este trayecto sea menos costoso. Y es que si algo tiene claro Irene es que *“todos aprendemos, ellos también son educadores. Me han enseñado que la mayoría de las personas que hay en prisión son buenas personas.* Mis amigos me preguntan si no tengo miedo ahí dentro y yo me siento más segura que por la calle. Conmigo son extremadamente educados y delicados”. Esta experiencia le ha hecho ponerse zapatos que jamás había probado. “Aquí, las mujeres, tienen doble condena: la que ha impuesto el juez y la que se imponen ellas -”no he sido buena madre, no he sido buena hija...”- Eso para mí también es un aprendizaje. Las mujeres sufren, los hombres no tanto: saben que tienen la familia muy bien cuidada por la mujer, que el sábado o el domingo llega muy emperifollada y con los hijos guapos a ver a su padre. En cambio, la mujer si está dentro no sabe quién se ocupa fuera de su hogar. Y no siempre vienen a verlas.”

Si desaparecieran estos espacios educativos y de acompañamiento, “se crearían más conflictos. Estoy convencida que, de una manera u otra, ayudamos a disminuir la violencia, creamos un clima de reconciliación y de normalidad. Además, si desaparecieran las escuelas, desaparecería una oportunidad”. ¿Quizás la última? En estas escuelas, que pertenecen al departamento de educación del gobierno catalán como cualquier otra escuela de adultos de la región, “se gradúa gente, aprenden a leer y escribir e incluso alguno se matricula en la universidad. Su existencia marca una diferencia muy fuerte en la vida de estas personas. Es imprescindible”.

Las escuelas de prisión son espacios en los que los internos *“tienen la sensación de que los muros se caen: conocen gente diferente a la de su día a día. Son un respiro. Por un instante, se sienten fuera, llevan una vida normal. Ellos estiman y aprecian a las personas que lo hacen posible, a maestros y voluntarios”* asegura. Por eso, los educadores voluntarios de un centro penitenciario “han de ser flexibles, capaces de adaptarse a la situación: si un preso no quiere bajar a verte, te vuelves a casa. Hay que ser respetuoso con la persona que tienes delante. Capaz de escuchar sin juzgar ni condenar: a quien tienes delante es

a una persona que tiene problemas más grandes que los tuyos, que tiene una mochila más pesada que la tuya. Esa es su vida y, dentro de lo que cabe, él puede tomar sus decisiones, que a veces a mí me han parecido horribles pero son las suyas. Tenemos que ser capaces de poner algo de afecto pero sin llegar a ser amigos. Esta es una relación que un día u otro acaba pero ha de ser de confianza pero no de amistad, no somos iguales. *No somos más que ellos pero nuestra situación es diferente.* Además, si eres voluntario en la escuela, has de saber valorar y apreciar el esfuerzo increíble que aquella persona está haciendo... ¿Aprender a leer a los 30 años? Menos mal que yo lo hice de pequeña, ¡no sé ni cómo!”

“Espero haber dejado una mano amiga, a la que se puedan coger cuando lo necesiten. Espero que recuerden que no toda la sociedad los juzga. Cuando salen fuera con antecedentes penales es muy difícil encontrar oportunidades para trabajo o que te alquilen una habitación” sueña. Y es que, si los que estamos fuera no dejamos de ver los muros, ellos tampoco podrán hacerlo.

5. La frontera entre el no pasado y el futuro

“Hace unos días, uno de los chicos, completamente frustrado, me gritaba entre sollozos: “¡Usted no sabe lo que sufre un niño!”. A pesar del profundo dolor que supura ese grito, todo se desató a partir de un hecho muy chiquito: preguntarle si le había gustado el taller al que no quería entrar y tuvo que hacerlo. Ese niño es muy solitario, está contento si se queda a oscuras viendo cualquier cosa que aparezca en la televisión; hundido en un sofá, inmóvil, como si se tratara de un cojín más. Cualquier actividad o juego espontáneo carece de interés, no le puede aportar nada y, a priori, todo se le hace aburrido. Ante cualquier oportunidad de crecer o moverse, prefiere el castigo, que le permite regresar lo más rápido posible a su inmovilidad. Su apariencia tranquila en el sofá, sin crear conflictos ni alboroto a los ojos de los educadores, esconde una deserción total hacia sí mismo. Nadie le espera fuera de la Casa Hogar y él, a sus 10 años, nada espera de la Casa ni de fuera de ella. Pero en el silencio y con los ojos muertos puestos en el televisor, esconde un sufrimiento profundo que brotó en ese momento” comparte *Toni Vila, educador en CAHOVA (Casa Hogar para Varones en Baja California, México, fundada en el año 2001)*. “El berrinche y el forcejeo -físico y psicológico- se alargó por más de una hora, y la batalla continuará por mucho tiempo. En mi interés como educador a que active su vida, reviva su ilusión por su mundo -aunque sé que será difícil

porque existe muy poco donde agarrarse- deberé recurrir a la obligación de participar y vivir más allá del sofá, a la par de motivarlo y negociar; y ahí tendremos nuevos choques, entre mi intención de obligarlo a vivir la vida y su sufrimiento por verse obligado a seguir viviendo” añade.

Según un estudio publicado por UNICEF –que el mismo organismo declara como impreciso por la dificultad de recoger datos– más de dos millones setecientos mil niños y jóvenes de todo el mundo viven en casas hogar (2017). Sin duda, el número real es más alto pero es difícil precisar cuánto. Solo en México, son más de 22.000, que residen en 946 casas hogar, 217 de las cuales son públicas y 729, privadas. Son solo una gota en el mar de los niños que viven en la calle en este país, que son más de 95.000, acuciados por el hambre, la enfermedad, la violencia y las bandas de delincuentes.

En la ciudad mexicana fronteriza de Mexicali, en un microcosmos muy concreto, Toni trabaja con una quincena de estos adolescentes, ocupándose de sus actividades lúdicas y educativas fuera del horario escolar reglado. En ese breve espacio temporal, que transcurre entre las paredes del centro en que los menores residen, trata de ‘armarlos’ con recursos y conocimiento para hacer frente a un futuro esquivo. *Todos ellos viven en la frontera entre un pasado inexistente o que sería bueno olvidar y ese futuro que, como el niño del taller, preferirían no verse obligados a vivir. Ahí, en ese breve espacio llamado presente, este pedagogo se la juega, piel con piel, en un día a día intenso.*

“Un educador es una persona que *quiere ver crecer a otra porque le importa. Le puede importar la propia persona, por su vínculo o su contexto, o le puede importar el espacio social que comparten o su propia causa. Es una persona dispuesta al cambio: educar es un acto de transformación continua – del otro, del entorno, de uno mismo* -. En ese movimiento, el educador procura el desarrollo de habilidades, la adquisición de estructuras mentales y conocimientos, está atento a las emociones, motivaciones, limitaciones y frustraciones, cultiva la empatía, la confianza, la autoestima,... el educador *es el gran observador que, con gestos sutiles o grandes conferencias, con ejercicios complejos y juegos sencillos, brinda a otro la confianza y las habilidades necesarias para comprender su mundo y crecer en él con la mayor autonomía posible, y así transformar una persona, un grupo, una colonia,... un mundo*” asegura, antes de reafirmarse en la idea de que *“es un transformador de mundos, de mundos muy chiquitos e inevitablemente conectados, que sueña con optimismo, con cariño, con un futuro brillante lleno de oportunidades entre dificultades.* Por eso, prepara a quien pretende enseñar

para que, en el momento en que lleguen las decisiones en la vida, tenga las herramientas y la fortaleza suficiente para aprovecharlas por sí mismo.” Para este periodista de radio, reconvertido en educador en espacios marginales, su vocación **“viene del optimismo, de creer que es posible que el mundo y las personas logren éxitos y luces para ser felices; de la sed de justicia ante las historias de vida; y del afecto, que es el vínculo más humano. Y nace de la propia experiencia y vida del educador, de cómo la construyó como una causa y una actitud, y de todo lo leído, discutido y buscado que mantiene vívida esta pasión”**.

Sobre el papel, su trabajo consiste en procurar que todos los niños de la Casa Hogar tengan el nivel educativo para cursar, con éxito, el grado escolar que les corresponde por edad cronológica; que tengan los conocimientos y los hábitos para superar los estudios básicos. Pero llevado a la realidad, mientras lo hace, “mi trabajo es entender por qué cada niño lo consigue o por qué no. Para algunos, el motivo de no lograrlo serán el rezago o la dificultad para el aprendizaje. Aquí, mi trabajo es buscar otros caminos para que lo logren. Para otros chicos, su fracaso se produce por la frustración, la desilusión o el abandono propio, ante la falta de referentes y las dificultades ya vividas. Ahí el trabajo es resaltar los logros y rescatar la ilusión. A otros niños, los que les lleva a no superar sus estudios es la falta de hábitos y estructuras de pensamiento para desenvolverse, para resolver y decidir qué hacer y perseverar. **La incerteza, la inestabilidad y la soledad han estado tan presentes que desarraigarlas de su mente es una labor que implica constancia.** En general, la tristeza y el duelo de no ser queridos por aquellos a quien quieren, es un muro casi imposible de derrumbar: hacerlos sentir queridos por todos aquellos que ahora les rodean, mejorar su convivencia y permitirse de nuevo tener momentos felices y significativos, colorea esa pared inevitablemente presente.”

El trabajo del educador en una Casa Hogar es armar un rompecabezas con cada niño y con todo el grupo, con piezas de emociones, conocimientos, logros, hábitos, vivencias... Para Toni, **“hacer tareas es el pretexto por dónde empiezo a armar este rompecabezas. Mucha parte del trabajo está estructurado: en horarios, tareas o ejercicios. Pero para mí, la parte más importante está en las formas: en las charlas, los apapachos, la cercanía, los retos asequibles, las vivencias compartidas... cómo vamos cumpliendo con lo estructurado. Los espacios y momentos informales en la educación, y en especial si hablamos de una Casa Hogar, son la base y el detonante para lograr todo lo que sigue.** Hay que avivar la curiosidad, reestablecer los vínculos e interacciones afectivas y

despertar un sueño por el que tenga sentido luchar una vez caminen fuera de nuestro alcance.”

Estos educadores, muchas veces con pocos recursos materiales, juegan en el terreno de los chicos. Algunos viven allí las 24 horas del día y los siete días de la semana, algunos desde hace muchos años. “Eso condiciona mucho. *Ellos viven ahí: duermen, comen, pelean y juegan en ese espacio. Tú solo andas de paso durante una jornada laboral -o algo más- y te vas. Y así te ven: como educador y como persona que está de paso aunque no tenga intención de irse.* De hecho, muy seguido te preguntan si ya te vas, si seguirás el ciclo que viene, o rescatan la ilusión de lo que harán cuando ellos se lleguen a ir de la casa. Esto no pasa en otros contextos educativos donde los tiempos son claros: de tal hora a tal hora, eres mi maestra; de tal día a tal día, iré a clases, de este rato a este, te voy a soportar o gozar; eres mi madre, mi tío, y ahí vas a estar siempre... En otros contextos está bien definido que la relación se va a acabar y cuándo. En la Casa Hogar, no. *Viven con esa zozobra de que en cualquier momento se puede acabar, se va a acabar. Eso impide que muchos se involucren o les cueste implicarse, se crea una relación flexible entre la cercanía deseada -e imprescindible para educar- y la necesidad de poder soltar en cualquier momento. Uno de los mayores retos para nosotros es sostener este vínculo, no dejar que lo hagan débil y sostenerlo para que no sea pasajero sino sincero.* Ante la carencia de referentes y apoyos, el educador debe ser uno y los niños tienen que validarlo y reconocerlo como tal, sin desecharlo. Existe el temor a que lo desechen como tantas otras veces ellos han sufrido el abandono.”

Como decíamos, *“esta tensión es más compleja aún, pues juegas en su terreno. Tu salón y tu clase está en su casa, en cualquier momento de aburrimiento, desacuerdo o distracción corren al salón, a la cocina, al dormitorio o se van con otro educador.* Si en una casa de familia cualquier cosa puede ser una distracción, ¡imagínate en una Casa Hogar! Siempre hay alguna, y grande. Si la escapada es fácil, cuesta mantener la atención y el interés. Es fácil salir y distraerse, y es difícil estar. Entrar en el salón a estudiar, es estudiar también al lado de tu hermano, de tu amigo y de tu peor enemigo. Entran con todo lo vivido en la Casa, con las dinámicas, pleitos y juegos que siguen en el corredor; al no cambiar de contexto y espacio, esa mochila se sigue cargando. Por eso, *un reto del educador es hacer respetar ese espacio, único para ellos, y al grupo, pero también trascenderlo, entender e intervenir en las dinámicas que vienen de fuera, aprovechar para mejorar la convivencia y los vínculos y convertir el*

estudio en un pretexto para el trabajo en equipo, que fuera del salón es más difícil fomentar.”

La botella se puede ver medio llena, medio vacía. Las reglas del juego son las que son y a Toni le gusta ver también como una oportunidad que el salón de estudio “sea también un espacio más de la casa -no la sala de castigo del estudio- sino un espacio donde sentirse a gusto y jugar fuera de clases, donde querer ir. Ahí nace otra oportunidad para el educador en la educación informal, que refuerza e impulsa lo formal: estamos en un espacio más amigable y vivo, con la oportunidad de interactuar en otros roles más flexibles y de tener charlas más confidentes.”

Toni se enfrenta al reto de construir un espacio abierto en un espacio cerrado, porque las Casa Hogar no dejan de ser eso, un espacio cerrado e institucionalizado. Él lo sabe: ***“muchas veces los muchachos, sobre todo en momentos de hastío y cansancio, describen su hogar como una cárcel, y en muchos sentidos, lo es. Es un espacio donde están contra su voluntad. Ellos preferirían estar con la familia. Y por muchas comodidades y servicios que prestes, no pueden evitar vivirlo así y, en lugar de ver un espacio de posibilidades, lo viven como un espacio de limitaciones -que las hay-.”***

Toni recuerda como en sus primeras semanas trabajando en CAHOVA, un joven se aburría frente a sus tareas, más tareas a parte de las que ya le habían dado a cumplir en la escuela. Sus ojos perdidos se toparon con los míos y, sin cambiar de postura, me dijo: “¿Sabe qué maestro? Creo que aquí no aprendemos lo que es la vida real.” Y es cierto, aunque realmente esta sea su vida: el hecho de estar “internados” confiera a la vida un aire de artificialidad, de programación ficticia, de orden inmediato e interno que solo sirve ahí, en esas cuatro paredes que no puedes cruzar -aunque las puertas estén abiertas-. Ahí no aprenderán a ir a comprar una soda, ni descubrirán el sazón que tienen las mamás y que aprendes mientras ellas cocinan; no sabrán lo que es tener el control de la TV, ni lo que es la intimidad de su habitación. Ni siquiera tendrán un rincón inviolable para guardar sus secretos, ni pasarán tardes en el parque o en casa de un amigo. A pesar de que no les falte de nada y tengan muchas oportunidades que no hubieran tenido fuera, uno siempre se fija en las cosas que no tiene. ***El reto del educador es que el artificio no pese más que la oportunidad. Generar ventanas de vida real, formas de transgredir las limitaciones manteniendo un equilibrio con el control y la seguridad exigidas, formar también en las cotidianidades, crear espacios informales sin desatender***

la práctica de la educación formal, sin que te encasillen, o te encasilles, en la educación formal.”

Los retos, retos son. A cada momento, en cada situación, hay que enfrentarse a ellos y descubrir cómo hacerlo. Lo que sí tiene claro Toni es que la obligación no es el camino. O no por sí sola. “Sin duda, en mi poca experiencia en Casa Hogar, ***he visto que la obligación es un método que, junto a la motivación, la negociación y la visibilización de sus logros, permite despertar la propia voluntad para que el niño se desarrolle, se interese por crecer y resolver su mundo y no solo se vea obligado a vivirlo.*** He visto que muchos educadores recurren a este camino simple, rápido, en el que hace falta reflexionar poco... el camino del ordeno y mando, de lo marcado. Es práctico, funciona y, rápidamente, puedo seguir con mis propias obligaciones como educador. Pero poco aporta a la educación acatar una orden, poco tiene que ver con aprender a vivir; de hecho, muchas veces tiene más que ver con adaptarse a vivir que a empezar a vivir. Aunque es un recurso al que inevitablemente hay que recurrir, debe servir solo para transitar hacia el interés propio, al despertar de la voluntad, para definir y transferir límites y obligaciones que, una vez dominados, puedan transformar a los chicos y moverlos para hacerse su propio lugar en el mundo. ***El reto es saber transitar entre la obligación y el deseo, entre el aliento y su desesperación; entre llenar de vida un cuenco demasiado agujereado, sin cansarte de llenarlo ni acabar ahogando al otro.***”

Toni, que lleva años de educador en espacios informales en colonias vulnerabilizadas donde ha visto nacer su vocación y pasión, ***“la educación siempre es importante porque ayuda a descifrar cual es nuestro lugar en el mundo y nos da las herramientas para construir este lugar junto a los demás. Cuanto mayor sea el aprendizaje, en un sentido amplio, mayor será la habilidad para hacernos este espacio en la sociedad, defenderlo y sostenerlo por nosotros mismos y en comunidad y, desde ahí, cultivar felicidades”*** asegura este periodista de origen.

“Con nuestros jóvenes de la Casa Hogar es aún más importante porque en unos años o en unos días, solo se tendrán a sí mismos y lo que sus manos hayan aprendido a resolver. Su soledad será mayor, su confianza será menor, su red desaparecerá de repente y deberán reconstruirla de nuevo, o por primera vez. Sus dudas serán más fundadas, y sus errores más determinantes. Deben de disponer de las mejores herramientas posibles para aprender a vivir rápidamente y en un contexto ajeno. En una Casa Hogar el paso a la vida propia no

es gradual –a los 18 años, en muchos casos, quedan fuera del sistema por ley-, y las ganas de mundo son muchas. Pasan de disponer de todo en el centro a saber conseguir; de tener quien te empuje y obligue, a tener libertad y gestionarla... Son pasos que otros jóvenes deberán hacer, pero el reto de estos jóvenes es mayor. ***Para ellos no se tratará solo de vivir, sino de salir; porque mirando a atrás seguramente no habrá una casa a la que regresar o la que quieran regresar. Si hacemos bien nuestro trabajo, más que salir, van a sobresalir.***

Las Casas Hogar son, de alguna manera, un paréntesis en el tiempo y en el espacio de estas jóvenes vidas. Las educadoras y educadores como Toni son conscientes de que, cada minuto, cuenta para que se sientan queridos, adquieran habilidades y conocimientos, aprendan a gestionar sus emociones... Cada minuto cuenta para aprender a vivir. Y, carentes de familia y amigos, de un entorno sano, la Casa Hogar y ellos son una de sus escasas posibilidades.

6. La frontera entre existir y desaparecer

En América Latina, un continente escrito y reescrito después del año 1492 en que Cristóbal Colón tocó tierra, cerca de 800 pueblos indígenas tratan de mantener viva su cultura, su cosmovisión, su forma de ser y estar. En ese límite, entre el de existir o no, crecen niños y jóvenes cada vez más lejos de sus antepasados, bajo el peso de una manera de entender la vida y el mundo diferente, con origen al otro lado del océano. En esa frontera también se hallan educadores, familias o activistas que luchan porque sus lenguas, sus costumbres o su arte no desaparezcan. Permanezcan. Ocupen el lugar que se merecen. Les trasciendan. Una batalla que, a veces, parece perdida para los casi 45 millones ciudadanos de los pueblos originarios que aún viven de Tierra de Fuego a México, que en muchos casos, malviven en los márgenes de la actualidad.

“La educación constituye un instrumento poderoso en la lucha para la erradicación de la exclusión y la discriminación, como han reivindicado permanentemente los pueblos indígenas de la región. Para el pleno goce de los derechos humanos y colectivos, el derecho a la educación es clave. En términos generales, si bien se constatan avances significativos en los países de América Latina respecto de las oportunidades de acceso de los niños, las niñas y jóvenes indígenas al sistema educativo, las desigualdades étnicas, generacionales y de género persisten” manifiesta la Comisión Económica Para América Latina, de la ONU, en un informe sobre la realidad de estos pueblos. (*)

Benito Huerta Ordoño lo sabe bien: ese documento bien podría hablar de la historia de su familia. Nació en San Juan Ixcaquixtla, en Tehuacán, Puebla, hace 30 años, en una familia de 8 hermanos y de padres pastores. Pertenece al pueblo ngiwa. Tras migrar como espalda mojada a Estados Unidos sin acabar la secundaria, hoy reside en Ensenada. Es *escolapio religioso y educador*. En estas tres décadas, este joven ha vivido varias vidas pero todas empiezan en un pequeño rancho donde aún visita a su madre.

“Ngiwa traducido al español es algo así como la gente de nuestro pueblo, la gente que habla nuestra lengua, la gente de las llanuras. Giwa significa mi voz. Así se llama también nuestro idioma. Hay cuatro variantes y todos vivimos por la misma zona aunque varios centenares han emigrado a Estados Unidos. ¡Quién sabe si esas familias siguen hablando nuestra lengua y se consideren de nuestro pueblo!” explica con calma y añade, “antes nos decían popoloca. Así nos llamaron los náhuatl y es despectivo porque significa los que no se entienden, los tartamudos... Por mucho tiempo, aceptamos ese nombre pero ya no. Alguien dijo nosotros tenemos una voz, una forma de expresarnos, una lengua y es ngiwa” afirma orgulloso.

Los ngiwa ocuparon la región sur y central de Puebla, la zona Norte de Oaxaca y tal vez la zona este de Guerrero y la sur de Tlaxcala. Están entre los pobladores más antiguos de esta tierra. Desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo de Mesoamérica, en el cultivo del maíz y por tanto de la aparición de la agricultura y la cerámica en esta zona. Desde el 900 ac queda memoria de ellos pero en el 700 dc es cuando alcanzaron mayor importancia. Cuando los españoles llegaron a esa zona, alrededor de 1.540, los ngiwa vivían reducidos en las montañas. En el 2015, la UNESCO reconoció algo más de 18.000 hablantes de esta lengua (**).

“Somos unos 2.500 o 3.000 de mi variante. En San Juan vivimos unos 1.300 o 1.500, el resto en Estados Unidos. Esta ciudad la fundamos nosotros hace unos 1.500 o 1.700 años. Fuimos un imperio pero cuando florecen los mexicas y llega la guerra, ellos dominan el territorio y mi pueblo se dispersa. Se esconde entre las montañas. Al principio, nos asentamos en diferentes lugares, cuatro o cinco, por un periodo de tiempo. Hasta llegar donde llegamos. Aquí nos quedamos, en San Juan. Ya estábamos cuando llegaron los españoles. Hay leyendas que lo cuentan y vestigios que se encuentran de esos asentamientos” recuerda.

Benito empezó la escuela con 6 años “o algo más. Mi familia se dedicaba al pastoreo, a sobrevivir, a lo que había... Mi padre se nos llevaba con el rebaño. Íbamos a un lugar lejano y nos quedábamos días allí. Yo no fui a la cuchichí, la escuela de los pequeñitos en ngiwa, la que llaman kinder. **Terminé la primaria con doce años aproximadamente. Y entonces empecé la telesecundaria:** eran programas de televisión para seguir los estudios que veíamos en la escuela. Teníamos también unas guías muy grandes. Al principio estábamos todos juntos y luego ya nos dividieron por grados... **A los quince años dejé de estudiar y empecé a trabajar en la industria textil por un año. Luego, me fui a los Estados Unidos”** comparte.

Con nuestra mirada, la educación de Benito puede resultar escasa. Sin embargo, él se siente afortunado: “mis padres no habían ido a la escuela. Mi papá había ido seis meses en primero de primaria. Mi madre a lo mucho igual. No tenían papel ni lápiz. El maestro pedía que lo sacaran y trabajaran ¿Si no tienes para que ir a escuela?” Aun así, ellos fueron sus maestros: “de ellos aprendí, de manera oral, mi lengua”. La lengua materna de Benito es el ngiwa: “mi papá habla a lo mucho un 10% de español y mi mamá un 3%. Mis hermanos saben español pero nos entendemos y nos sentimos más cómodos en ngiwa”.

El mismo informe de la CEPAL afirma que “*esos avances en el acceso a la educación –sobre todo primaria y secundaria– tienen una cara negativa, reconoce el mismo organismo: la pérdida de aspectos centrales en la vida de los pueblos indígenas como el idioma. La posesión de una lengua propia es un derecho y constituye la parte esencial de la identidad étnica de todo pueblo (Mecanismo de Expertos sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas, 2010), siendo una de las reivindicaciones cardinales de las organizaciones indígenas. El derecho a practicarla es consistente con el deseo de mantener viva la cultura a la que se pertenece y representa un pilar fundamental de la identidad, un canal que facilita la continuidad de los pueblos. (...) hay pueblos indígenas que están experimentando una tendencia a la rápida extinción de sus lenguas. Esto se explica en gran medida por la manera como se ha forjado la integración de los pueblos indígenas latinoamericanos a la modernidad y la globalización, contribuyendo a una paulatina pérdida de los idiomas y dialectos, o a la pérdida de su carácter de lenguas maternas. Es clave el papel que la educación y las políticas públicas pueden desempeñar para mitigar y revertir estos procesos, en resguardo de la diversidad lingüística y la riqueza cultural de los países de la región. Si bien se registran avances importantes en cuanto a la adecuación de los sistemas*

jurídicos y constitucionales de los países latinoamericanos tendientes a reconocer y promover el derecho a la educación de los pueblos indígenas, resulta indispensable que esto se plasme en la institucionalidad, para propender a la interculturalidad y el bilingüismo en todos los niveles educacionales”.

“Para mí, de la escuela, lo más difícil era entender a los maestros, que hablaban español, lo que querían decir. Yo los escuchaba pero no relacionaba lo que decían con lo que sabía en mi lengua. Miraba de traducirlo en mi cabeza. Me decían “sal de salón y yo entraba”. Fueron momentos muy difíciles. Algunos compañeros que medio entendían el español, lejos de ayudarte, se reían de ti. Me encantaba estudiar. Al final, aprendí a leer con una cuñada, que ella sabía un poquito. Cuando leía en la casa, me quedaba cerca para escucharla” nos comparte. Los ojos se le iluminan y, estirando el hilo de su memoria, sigue: “cuando aprendí a leer, no paraba de hacerlo. Había un libro que leía siempre, “El periquillo sarmiento”. Sigue en casa de mis padres”.

Benito afirma que tardó en aprender el español y que no fue hasta los ocho o nueve años que lo consiguió. “La escuela se manejaban en ese idioma, todavía hoy. Dicen que es una escuela bilingüe pero solamente manejan el español porque la mayoría de los maestros o son de la ciudad o de otras comunidades cerca en las que no se habla nuestra lengua. Cuando yo iba, las clases eran en español aunque a la hora de patio, fuera de clase, hablábamos en ngiwa. La mayoría éramos familia, éramos primos” cuenta Benito. “Hubo un momento en que nos trajeron unos libros en nuestra lengua, para estudiarla después de clase, pero eran de otra variante. Hay muchas palabras que se parecen pero otras no. Al dispersarnos, algunos tuvieron influencia del náhuatl, otros del español o de otros idiomas originarios. Mis antepasados se fueron adaptando y adaptando la lengua” recuerda con una sonrisa.

Esos fueron los primeros intentos por mantener la lengua a través del sistema educativo, algo frustrantes. **En cuanto a la historia o la cultura, no la abordaban porque “nadie había que la estudiara en el pueblo.** Solo el párroco tenía cierta información de cómo se desarrolló el pueblo, cómo se llamaban los jefes, cómo nos dispersamos... porque daba misas en otro pueblo, Zapotitlan salinas, y allí descubrió unas actas revisando los archivos. Las personas de 80 o 90 tenían su acta de nacimiento allí. Solo nos dividen dos montañas grandes a cinco o seis horas caminando... **Sobre todo esto he escuchado mitos y leyendas de esta gente mayor. Nos gustaba hacerlo pero no se nos ocurrió grabarlo”** se entristece, como si fuera consciente que todo ese conocimiento se lo ha ido llevando

el viento. ***“Me hubiera gustado aprender todo eso en la escuela.*** Es una de las cosas que muchos años después me dije: era parte de mi sueño. Algún día se podría incluir. En estas décadas hay personas que lo han intentado pero por cuestiones políticas, intereses, este saber no ha terminado de integrarse dentro del sistema educativo. Dicen que ahora están buscando la manera de que las personas que hemos estudiado podamos formarnos en nuestra lengua y dar clases en nuestra escuela...” deja en el aire su comentario, lanzándolo casi más como un deseo que como una certeza.

Más allá de cuestiones políticas, ***reconoce que hasta su generación o un par antes, no hubo profesionales en su comunidad.*** Ahora, hay muchachos de entre 25 y 30 años que finalizan la preparatoria y llegan a la universidad que podrían impartir clases en su lengua, darla a conocer y mantenerla viva. ***Pero sigue sin ser fácil:*** “sé de dos personas que acabaron sus estudios universitarios en Guadalajara y querían regresar al pueblo a dar clases y que podrían darlas en nuestra lengua. Pero el sistema les dijo que “si no los terminaron aquí, pues vayan a donde los terminaron. Allá les dan trabajo”. Solo se de una que estudió en Tehuacan y a ella la dejaron un tiempo pero la terminaron sacando. Hay una cosa que no termino de entender: porque la gente que va terminando no les dan aquí las plazas. Se las dan a otros que no son del pueblo. ¿Cómo podemos aprender ngiwa sino tenemos gente que nos ayude a entender los textos? De hecho, también al revés: yo aún no sé cómo lo hice para aprender en la primaria, cuando empecé a ir a la escuela. No entendía ni leía bien en español y sufrí”.

Fuera de la escuela tampoco había ni hay espacios para ese aprendizaje. Benito fuerza su memoria y rescata una imagen: “en los años 90, sino es que un poquito antes, llegaron al rancho unas personas que estudiaban sobre lenguas. Eran dos mujeres, me parece que de la Universidad de Texas, que venían a investigar sobre el ngiwa. Tenían unos escritos: hablaban con la gente, les preguntaban... No se si aún vivan porque las recuerdo mayores. Ellas mismas, con un grupo de cinco o seis hombres del rancho, hicieron unos folletos con instrucciones para aprender la lengua. Venían a la escuela para promocionar que la aprendiéramos. Algunos sábados y domingos convocaban a la gente, nos traían libros para que los ojeáramos... pero un día se acabó”.

Si cierra los ojos y revisita aquellos años, cree que la escuela y el sistema educativo de su país, ***“no respetaron mi cultura. Siento que no lo hicieron, ni entonces ni hasta ahora, nadie se ha preocupado porque aprendamos nuestra***

lengua. Hoy el maestro llega y dice al alumno “copie este poema”. Lo copian pero los maestros no chequean, no se lo leen, y les ponen 10. El chico lo copia como garabato. Nuestra escuela hoy no es bilingüe aunque lo digan”, insiste.

A este retrato de los años de escolaridad de Benito falta añadirle un trazo importante: “*he trabajado desde niño prácticamente*. He ido a pastorear, a leñar, a traer la cosecha... Terminando la secundaria, a los 15, mis papás hablaron conmigo. “Hasta aquí te podemos ayudar. Hay hermanos, vienen sus gastos... tendrás que trabajar”. Me fui a una fábrica de pantalones. Hay mucho textil allá. Durante un año, mi máximo salario, trabajando de 9 a 9 cinco días a la semana, eran 550 pesos. Me enseñaron a ahorrar. “Lo que trabajes es tuyo” me dijeron pero yo se lo daba a mi mamá. Ella es muy inteligente aunque no tenga estudios. Me fue guardando mis ahorros. Cuando tenía 16 años llegaron mis primos: “vamos a Estados Unidos”. Yo me animo y voy a hablar con mis papás, quienes al principio no querían que emigrara porque era menor. Les dije que solo iba a irme por un tiempo, a trabajar: “Van a ver que voy a regresar”. Pero migrar cuesta dinero: el autobús que sale de Oaxaca a Sonora, que es como vamos, ya cuesta. Fue entonces que mi mamá me dijo que el dinero lo tenía guardado. Mis ahorros fueron para el billete, la mochila, los pantalones... Cruzamos caminando con un coyote. Los taxis nos dejaron en la valla y a partir de las seis de la tarde y durante la noche caminamos. Llegué a un río, por la zona de Texas” explica Benito del inicio de su segunda vida, aunque no recuerda muy bien los nombres ni detalles.

Todo eso pertenece a un pasado relativamente reciente pero que él dejó muy atrás. Vivió y trabajó en Estados Unidos sin papeles hasta que conoció a los escolapios. Empezó entonces su tercera vida, que le devolvió a los estudios, a México y a un sueño, ser educador, que hunde sus raíces en aquella escuelita de rancho. “Cuando por fin aprendí español, le seguía el ritmo al maestro. *Desde que empecé la secundaria, era de los que estaba enfrente, en los tres primeros lugares del grupo. Me pedían los maestros que les ayudara a los otros. Creo que de ahí viene mi deseo de ayudar a otro a entender*. Había compañeros que no sabían leer aunque estaban en la secundaria. Por el idioma o por lo que fuera. Y yo echaba un mano” comparte.

“Ahora, como maestro, cuando me encuentro un chiquito de sexto que no sabe leer... me digo, esto yo ya lo viví. Fue pasajero ese tiempo porque dejé la escuela pero cuando conocí a los escolapios en Estados Unidos, me hablaban de educación, y eso que medio despertó el recuerdo” explica este

estudiante del Máster de Educación. Volvió a Tijuana y entró en contacto con la red de Escuelas de Tareas Calasanz, un proyecto de educación no formal que los escolapios desarrollan en colonias muy vulnerables de la Baja California (México). Niños de 6 a 12 años asisten a clases de refuerzo, aprenden a través del juego y la convivencia, reciben cariño y comparten con jóvenes y mujeres de sus comunidades, que les hacen de maestros. ***“Al encontrarme ahí, algo hizo click en mi interior y me llevó a mi pasado. Se despertó en mí ese deseo de ayudar a los niños para que no pasen lo que yo pasé, estar en la escuela y no entender nada de lo que el maestro explica. Sufrir.*** Estoy estudiando filosofía y el máster de educación porque más allá de las intuiciones que tengo, quiero estar preparado para ayudarles mejor. Quiero conocer técnicas, metodologías y no tener solo experiencias”.

En este camino de décadas que, con desvíos a una fábrica textil o a trabajar como ilegal en otro país, le ha traído de nuevo a las aulas, Benito ha descubierto quien es educador para él. Quien es ese educador que él sueña ser: ***“tiene que tener conexión con el corazón.*** En el Cañón México (Tijuana), en la Escuelita de Tareas, descubrí eso. Estaba un niño de sexto que lo llevaban a una escuela especializada en educación, costaba mucho dinero a su familia sencilla, y siempre estaba retrasado. Llegó a mi escuelita. Se le dificultaba mucho aprender. Me di cuenta que no era tanto ayudarlo a que tiene que aprender tantas cosas. Lo primero era sentirse querido y aceptado. Había miedo ante el fallo. Un buen educador tiene esta parte de conexión con el corazón. ***Acepta que su alumno que no tiene que aprender a fuerza y como yo quiero. Hay que observar y ser empático”.***

Recuerda que en su infancia si hubo dos maestros que “te comprendían de corazón. Debora era maestra de primaria: me motivó a echarle ganas, se interesó por mí, se acercaba y me preguntaba cómo iba. Armando, de la secundaria, es un gran profesor hoy: lucha por su pueblo y su lengua, la náhuatl, que también está en riesgo.”

Cuando una lengua como el ngiwa o el náhuatl –ojalá no pase– muere, muere con ella toda una manera de entender el mundo. Y cuando eso sucede, cuando desaparece todo ese conocimiento, la humanidad entera pierde algo.

“La educación debe además tomar en consideración el contenido, los valores y los conocimientos de las culturas indígenas, así como también los del resto de la sociedad. De este modo, las lenguas y culturas indígenas pasan a ser recursos pedagó-

gicos valiosos en dicho proceso. Se trata de descolonizar los contenidos educacionales. (...)” según la ONU.

Benito, de manera informal, ha recibido parte de ese conocimiento y sabe que su comunidad podría aportar mucho: “Mi papá es campesino y le encanta labrar la tierra, tiene animales... Él me enseñó cosas sobre la naturaleza. Cuando iba a pastorear nos llevaba a mi hermano menor y a mí con él. “No toques este árbol porque te va a pasar esto” nos decía. O si te raspabas con alguno te preguntaba con cual para saber si habría una reacción... “Esta planta sirve para esto” nos explicaba y en enero íbamos a cortar orégano, lo traíamos a la casa, se secaba, vendíamos las hojas y era nuestro ingreso. Te enseñaba sobre la marcha, mientras lo seguías ibas aprendiendo.... Aún hoy hasta para cortar un árbol, él se guía con la luna. Ninguno de mis hermanos es campesino. Lo era el que falleció por COVID. Todos emigramos”. Más allá de todos los recursos ligados a la *Naturaleza*, para Benito, su pueblo tiene mucho que compartir en un mundo cada vez más individualista: “la cultura: *mi gente es de apoyar*. Si veo una necesidad tuya, te apoyo. Son de preguntar: ¿qué te puedo aportar? Si ven un enfermo, van. Mi hipótesis es que tiene que ver con la huida y por tanto la falta de recursos. Todo era de todos”.

Él ejerce muy lejos de su Puebla natal, donde no hay niños ngiwa a los que enseñar ni compañeros con los que hablarlo pero aún así “hay muchos momentos que pienso en ngiwa. Cuando hablo con mis papas pero también cuando los miro en una foto y me digo que estarán haciendo. Otras veces pienso en español, aunque es más mecanizado”. Cuando vuelve a su rancho, a San Juan, no desaprovecha la oportunidad: abre las puertas de casa de su madre y convoca a los más pequeños para aprender y jugar en su lengua. O se los lleva de excursión y comparten tiempo y conocimientos sobre una cultura, la suya, que se resiste a desaparecer.

“Una palabra en ngiwa que me gusta mucho es gracias, ‘kuasaya’. Además en mi idioma pasa una cosa muy bonita: si a una palabra le pones ‘la’ es con más cariño, más profunda. Tú dices ‘kuasaya’ (a cualquier persona que no conozcas...) pero si dices ‘kuasaya-la’ es como de apapacho, más profundo, más de sentimiento. Es diferente. Significa que somos amigos, muy amigos. Te volteas al oírlo” nos regala al acabar esta conversación.

Gracias a todos los educadores y educadoras de frontera, a todos los que allí aprenden, porque hacen avanzar el mundo. Con su esfuerzo, con su lucha, ayudan a parir uno nuevo.

7. Referencias bibliográficas

Frontera geo política

(*) <https://fundacionebc.org/>

(**) <https://www.inegi.org.mx/app/tabulados/interactivos/?pxq=8c29ddc6-eeca-4dcc-8def-6c3254029f19>

Frontera de dolor

(*) revistas.usal.es/dos/index.php/0213-3563/article/view/azafea2020226783

(**) Entrevista a Miquel Seguró

<https://www.rtve.es/play/videos/para-todos-la-2/dolor-sufrimiento-vistos-filosofo-miquel-seguro/5716051/>

(***) Reacciones emocionales de los niños hospitalizados con quemaduras, así como de sus familiares del doctor en Psicoanálisis Gabriel Zárate Guerrero, profesor investigador de tiempo completo en el Centro Universitario de Ciencias de la Salud (CUCS), de la Universidad de Guadalajara (México) <https://www.scielo.br/j/r/lpf/a/QDtgXBmLGZvTLgsyk8XMT3q/?format=pdf&lang=es>

(****) Estudio del Neologismo Caseidad. Sus beneficios para niños, niñas y jóvenes en situación de enfermedad y sus familias. Una mirada desde las casas de acogida

María Bori. Octaedro editorial.

Frontera entre existir y desaparecer

(*) Los pueblos indígenas en América Latina Avances en el último decenio y retos pendientes para la garantía de sus derechos. CEPAL <https://repositorio.cepal.org/server/api/core/bitstreams/b1b631f7-30df-4668-9047-6e2060cb30a6/content>

(**) <http://etnoecologia.uv.mx/Ngiwa/antecedentes.html>

The *Francis Yearbook of Legal Sciences and Human Rights* is the result of a genuine desire to contribute to the academic world, with its first edition serving as a testimony to the legacy of Prof. Dr. Cândido Furtado Maia Neto. This work, of an inter and transdisciplinary nature, gathers the collaboration of internationally renowned independent professionals from various fields of expertise and aims to provide a practical and pioneering approach through the promotion of respect and dialogue, reflecting the authentic essence of the academic environment and the inherent elegance of intellectual knowledge.

André Luis de Lima Maia Scientific Coordinator

Preface of Prof. Dr. Gilberto Giacoia

1. Alberto M. Binder (Argentina)
2. Alexandre Knopffholz (Brasil)
3. André Lamas Leite (Portugal)
4. André Luis de Lima Maia (Brasil)
5. Ángeles Doñate Sastre (Spain)
6. Catarina Santos Botelho (Portugal)
7. Cristiane de Souza Reis (Portugal)
8. Edmundo Oliveira (Brasil)
9. Estevam Peixoto Pelentir (Brasil)
10. Eugenio Raúl Zaffaroni (Argentina)
11. Felipe Frank (Brasil)
12. Fernanda Carrenho Valiati (Brasil)
13. Fernanda Gonsalves (Brasil)
14. Filipe Pinto (Portugal)
15. Gilberto Giacoia (Brasil)
16. Geremias Irassoque (Brasil)
17. Gemma Escapa García (Spain)
18. Gustavo Britta Scandelari (Brasil)
19. Guilherme de Oliveira Alonso (Brasil)
20. Inmaculada Cubillo Sainz (Spain)
21. Isabel Germán (Spain)
22. José Ignacio González Macchi (Paraguay)
23. José Luis de la Cuesta (Spain)
24. Juan Carlos de Pablo Otaola (Spain)
25. Julia Mezarobba Caetano Ferreira (Brasil)
26. Leonardo Valduga Reckziegel (Brasil)
27. Luis Eduardo Rey Vázquez (Argentina)
28. Manoel Caetano Ferreira Filho (Brasil)
29. Mariana Reis Barbosa (Portugal)
30. Matheus Prestes Cambuzzi (Brasil)
31. Maurício Daniel Monçons Zanotelli (Brasil)
32. Miguel Daladier Barros (Brasil)
33. Paulo Gomes de Lima Júnior (Brasil)
34. Rafael Isidorio Bombazaro (Brasil)
35. René Ariel Dotti (Brasil)
36. Ricardo Antônio Lucas Camargo (Brasil)
37. Rodrigo Chemim (Brasil)
38. Rogéria Fagundes Dotti (Brasil)
39. Ruy Muggiati (Brasil)
40. Susana Cuesta (Spain)
41. Valdir de Freitas Júnior (Brasil)
42. Valéria Prochmann (Brasil)



Francis
YEARBOOK

